

Desde la banquetta

2. “Escúchame, escúchame, no se va a ocultar nada”

Jaqueline Jourdain Tejado

Uno se sienta desde su banquetta y no nota que faltan al menos 64 personas que pasaron a mejor vida, y que las familias de 18 personas (algunas ya encontradas sin vida) seguían y siguen en la búsqueda de sus seres queridos ya sin mucha esperanza de volverlos a ver.

Yo suelo hacer el intento de ignorar las noticias y es porque la mayoría son lamentables, pero hoy, tomando café con mis colegas —entre ellos el exsecretario de Protección Civil de la CDMX— comentaban el lamentable suceso de las muertes que hubo en una de las zonas más afectadas por la lluvia. Pero no fue un accidente. Fue una tragedia anunciada.

Lo comentaban y yo estaba extrañada de lo que escuché. Uno de ellos mencionaba la triste historia de una chica que se quedó encerrada en el baño de su pensión porque la puerta se quedó cerrada con llave, el agua comenzó a subir rápidamente y murió ahogada porque no logró salir a tiempo.

Mi corazón se hizo chiquito. Me puse a investigar para poder hablar del tema con conocimiento. Porque cuando algo te duele, no puedes quedarte con el chisme a medias. Lamentablemente sí, pasó. Se llamaba Diana Jael Cuervo Santos. Era estudiante de Psicología, vivía en una pensión en Poza Rica. El 10 de octubre, mientras el río Cazonces se desbordaba, ella quedó atrapada en el baño. Mientras el agua subía, probablemente Diana gritó por ayuda. Nadie llegó. Nadie la sacó. Nadie la escuchó.

Entre lo que comentaban mis colegas, es que esto pudo haberse evitado. Investigando, resulta ser que: SE LES INDICÓ. Pemex activó alarmas. Conagua mandó boletines. Pero nadie hizo nada. Nadie avisó. Nadie evacuó. Nadie se movió.

En medio de todo este caos, cuentan que el 12 de octubre llegó Claudia Sheinbaum a Poza Rica, junto con Rocío Nahle. La gente estaba molesta, dolida, desesperada. Y claro, empezaron los gritos, los reclamos, las exigencias. Nuestra H. Presidenta intentó calmar las aguas —literal y figuradamente— diciendo “escúchame, escúchame, no se va a ocultar nada”.

Lo que yo sentí es que más bien ella no escuchó, que interrumpió, que parecía más preocupada por controlar el momento que por entender el dolor. Lo que vi fue a Rocío Nahle con cara de incomodidad, como si no supiera qué hacer con tanto reclamo legítimo. Y lo que sentí fue tristeza. Tristeza de ver cómo, en lugar de abrir los brazos, abrieron la boca para callar los reclamos desesperados y lógicos.

Porque eso de “no se va a ocultar nada” no me parece una promesa. Me parece una frase cínica. Me parece una forma elegante de decir “sí, ya pasó, ni modo”. Y no, no es ni modo. Es dolor. Es negligencia. Es falta de empatía. Es llegar tarde, mal y con discursos vacíos.

Y ahora que me he estado instruyendo un poquito más sobre los Atlas de Riesgo —muy desde mi banqueta, con café y curiosidad— me doy cuenta de lo importante que son. Son documentos que no deberían estar guardados en cajones ni en PDFs olvidados. Son herramientas que pueden salvar vidas. Pero para eso, los estados tienen que hacer bien las cosas. Tienen que tener sus Atlas al corriente, actualizados, visibles. Y sobre todo, tienen que hacer caso a las recomendaciones de las instituciones meteorológicas y capacitadas para eso. Porque para algo están ahí. No son decoración. No son trámite. Son advertencia. Cuiden a su gente. Desde sus banquetas.

Lo que veo es que no se trata de partidos ni de colores. Se trata de que nada se atiende si no les urge al gobierno. Lo demás les vale madres. La gente está cansada de que las tragedias se vuelvan trending topic por dos días y luego se olviden. De que los muertos se cuenten como cifras y no como historias. De que los boletines lleguen, pero las acciones nunca.

Yo no sé de política, pero sé algo de humanidad. Y lo que pasó en Poza Rica no fue solo una lluvia fuerte. Fue una falla colectiva. Fue una oportunidad perdida de hacer las cosas bien. Y si desde mi banqueta puedo ver eso, ¿cómo es que desde los escritorios del poder no lo ven?

Claro que lo ven.

Nomás que prefieren hacerse los desentendidos